

EL TRANCAZO.

PASMO SEMANAL CONTEMPORANEO.

1.ª Temporada.

Domingo 5 de Enero de 1868.

Caso 1.º

ADMINISTRACION	PUNTOS DE SUSCRICION.	ABONO POR TRIMESTRE.
CON CAJA Y OTRAS COSAS SIN ESTRENAR, Lope de Vega, 42, bajo.	EN MADRID: En la Administracion del periódico y en las librerías de Bailly-Bailliere, Plaza del Principe Alfonso; <i>Escritano</i> , calle del Principe; <i>Guijarro</i> , calle de Preciados; y <i>Moya y Plaza</i> , calle de Carretas.	En Madrid 4 reales. En provincias . . . 6 »

El Programa de Manzanares.

La moda es la pesadilla del hombre, la necesidad de la mujer y el epigrama de la naturaleza.

Esa tirana (con perdon sea dicho de su sexo), rebajó los sombreros, estiró las faldas de las mujeres en un sentido, y al fin se decidió á recortarlas en ambos.

La moda se sintió resfriada con tales reducciones, y como no era de buen tono estornudar como cualquier infeliz que se constipa viajando en tercera, se dijo afectada de una nueva dolencia, é inventó EL TRANCAZO.

Los médicos ¡oh! saludaron á la nueva ganga, porque comprendieron que no habria ciudadano ni ciudadana que no quisiera verse atacado de la enfermedad de moda.

¡Y todo el español de *chic* se constipó!

Por esta época, un ser bastante parecido á un hombre se dirigió hácia las praderas del Manzanares, intentandó suicidarse con una pulmonía.

Manso y apacible corria el Nilo madrileño an-

sioso de lavar calcetas y sediento de unas gotas de lluvia.

En sus plácidas riberas, y á la sombra de un camisolín, que no sé si seria el de Paco, por lo deteriorado que estaba, reposaba un español en la grave actitud del que digiere ilusiones y columbra en sueños una perdiz en *salmi*.

Este español era el suicida en proyecto.

Sombríos eran sus designios; pero como á falta de pesetas tenia ideas, una inspiracion de bolsista aclaró el negro abismo de su cerebro, y exclamó:

—¡Me salvé! Voy á escribir para el público.

A la sazón un hilo de agua se escurria tortuoso entre los guijarros del lecho que no usa el rio, y en tan exiguo espejo se reflejó la faz del héroe: ¡se encontró hermoso!

Y sobre las hojas de una añeja cartera escribió:

—«¡Españoles! el pan sube, el termómetro baja y en casa de Lhardy se aprende mitología culinaria á la carta.

Hay en el *Diario de Avisos* una seccion de pérdidas, y á no ser que se refiera á los *perdidos* como yo, no comprendo quien pierda cuando nadie encuentra.

Es preciso, pues, lanzarse al crimen, morder en la fruta prohibida, y morir de *indigestion* antes que vivir calentándose al sol ó cantando endechas *resfriadas* á una X más rara que el oro mejicano.

Voluntad sobra, entusiasmo sobra y sobran mil cosas más, excepto quien pague.

Si apelamos á la generosidad de los españoles, es porque en ella confiamos.

Unos cuantos génios se agitan ya en el convulsivo éxtasis de la inspiracion, y á no existir oculistas hábiles, sería fácil que todos los ciudadanos quedaran vizcos con las futuras impresiones que se les preparan.

Un periódico largo de asuntos y corto de precio, es el ideal de la diosa *Ganga*, á quien veneramos todos, desde el primista á la costurera en varios colores.

Son ya muchos los que viven: unos navegando á toda vela; otros aleteando como barbo pescado.... ¡otros expirando en la cuna!... Seremos de los que seamos, y así, aumentando el número total, se repartirá el hambre entre más y tocará á menos.

Se presenta el *gran año*, y nos presentamos nosotros: respondan ustedes: ¡presente! y *tutti contenti*.

JUSTICIA DE DIOS.

I.

Un día del año de 1552, un gentío inmenso cruzaba las calles y atravesaba los puentes de la Sultana del Adriático, de la sin par Venecia.

Multitud de góndolas, adornadas de ricas y primorosas telas arrancadas quizá en el último botín á los turcos por las galeras venecianas, eran conducidas por gentiles gondoleros y bellas gondoleras, y en ellas marchaban las damas más hermosas, los caballeros más galanes, los oficiales más bravos y los severos jueces de los Tribunales.

Los canales cuajados de góndolas, presentaban el aspecto de un jardín matizado de flores de diversos y variados colores, alumbrados por el brillante sol: al lado de estas góndolas, otros esquifes de forma particular y que caminaban con una ligereza prodigiosa llamaban la atencion de todos; iban tripulados solo por marineros cuyos encarnados gorros tenían el privilegio de llamar la atencion: estos esquifes eran los señalados para la lucha.

De repente, y cuando mayor era el número de barcas que cruzaban los canales; un grito de —¡Paso!— resonó en el espacio, y rápida como flecha cruzó una góndola tripulada por seis hombres, y uno que en pié, lanzaba desde el timon la voz de —¡Paso!— distinguiéndose por su varonil belleza: las góndolas se apartaron como pudieron y el ligero esquife pasó como un rayo sin tropiezo, gracias á la habilidad y destreza de su joven timonel.

A tiempo corria, si habia de tomar parte en la fiesta, pues el tercer cañonazo resonaba ya.

—¡A las regatas! ¡a las regatas!—gritaba la multitud, y Venecia toda iba á presenciar las magníficas regatas preparadas en honor de San Márcos.

II.

En medio de esta bulliciosa muchedumbre, ébria de placer, habia una mujer que permanecía impasible; diríase que era la estatua del dolor: de pié, á la puerta de su cabaña, la gondolera María, ni veia ni parecia ser vista; su corazon sufría. ¿Por qué?

Entre aquella alegre multitud estaba su amante; su amante,—á quien muy pronto iba á dejar de ver y quizá para siempre.

Marinero á bordo de una galera de guerra, su deber le manda partir al siguiente día con la armada veneciana. ¿Y cuándo? Cuando su union iba á ser bendecida; cuando el fruto de amor que la pobre niña llevaba en su seno, pudiera llamar padre al que amante ayer iba hoy á ser esposo.

María no cesaba de llorar, y la alegre fiesta sólo lograba entristecerla más.

Al lado de su cabaña se hallaba la del padre de su amiga Laura, de su hermana, mejor dicho: se habian criado juntas; amaban igualmente á dos marineros; los dos iban á partir al siguiente día en el mismo buque; pero la joven Laura en lugar de quedar como María, á la puerta de la cabaña, partió con su padre á las regatas.

III.

María seguia absorta en sus pensamientos, cuando los gritos del pueblo vinieron á sacarla de su éxtasis.

—¡Viva Luigi!

—¡Viva el vencedor!

—¡Gloria á los hijos de Venecia!

María, al oir el nombre de Luigi, pensó si sería el de su amante y echó á correr como una loca.

Era cierto: su amante, su prometido, habia alcanzado el premio concedido en las regatas: cien cequíes, que para él eran una fortuna. Cogida de su

brazo y seguida por los vítores del pueblo, la pobre María venia orgullosa de su amante; el pueblo seguia gritando y sólo se dispersó á la llegada de algunos esbirros.

El amante de Laura estaba allí: habian convenido entre Luigi y Cosme (que este era su nombre), que cualquiera de los dos que alcanzase el premio lo partiria con el otro.

Luigi entregó cincuenta cequíes á Cosme, que partió con Laura, y con el anciano Pablo, padre de ella, á comprarle la tela que más le agradase para el traje de novia: quedaron solos Luigi y María.

—¿Me amas?—preguntó la pobre niña tomando entre las suyas la mano de Luigi.

—¿Si te amo, vida mia? más que nunca.

—Entonces ¿de qué procede esa tristeza que nubla tu frente?

—De una locura, de un sueño.

—¿Y no podré saberla yo?

—Sí. Sábelo. ¿Sabes que soy ambicioso?

—Sí,—dijo María con tristeza.

—Y si lo soy es por tí, por nuestro hijo. ¿Qué porvenir espera á ese pobre niño al nacer? Sufrir como nosotros: pasar el día dentro de una barca para buscarse el medio de vivir, con una pesca; por la que diariamente espone esa misma vida que quiere alimentar? ¡Oh! María, esto es horrible! ¿Qué diferencia! Yo que soñé que ese hijo llegaría á ser un día jefe de una armada cuyo número de buques asombrara al mundo; yo que pensé dar mi vida gustoso por labrarle un porvenir, y ahora....

—Bien sabes que es imposible: si mi padre hubiera vivido, tú hubieras ocupado un puesto de oficial en la armada, y aun ahora si quisieras servir á la república de Génova donde mi tío se halla....

—Yo! servir yo á esa República insolente que un día amenazó á mi patria con enfrenar los caballos de bronce de mi querida plaza de San Márcos? Antes la muerte: Mira, María; si el fruto de nuestro amor nace sin estar yo presente, quiero que le pon-

Aguarda á VV. una série de sorpresas; conquie mucho ojo!

Desde las virtudes peludas del *Aceite de bellotas*, al succulento dogma de la *Revalenta arábica*, cuantos tesoros y goces ofrezcan al público pagano las gangas mercantiles y los *beneficios* de los Bufos se hallarán en el futuro papel que dará á la plaza.

¡Ganga, solaz y buena digestion....! Hé ahí mi programa.

(A orillas del *Manzanares*, llamado río.)»

Esto escribió el cuitado, y aspirando el arsénico de una colilla, se dirigió paso á paso á la corte con una ilusión más y un cigarro menos.

A las dos horas se encontraba gravemente enfermo.

—¡Tengo pulmonal! se dijo satisfecho; pero siento morir despues de haber tenido una buena idea.

—Lo que V. tiene es el *Trancazo*, repuso un doctor.

—¡Ah, mortal afortunado! ¡ya empiezas á entrar en moda! Esto quiere decir algo para el porvenir.

Al día siguiente, auxiliado de varios testigo bautizó un papel de circunstancias y le presentó á la faz de la extasiada Europa.

Y cien voces de á dos cuartos repitieron:

—¡EL TRANCAZO ha nacido! ¡viva EL TRANCAZO!!

Resúmen de la sesion celebrada para bautizar al periódico que tiene V. en la mano.

Reunidos bajo la presidencia del Dios Apolo los presuntos redactores de este periódico, con el objeto de poner nombre al que habia de nacer, acordaron, despues de una larga y desanimada discusion, acordaron digo, y lo he dicho dos veces, darle el título de EL TRANCAZO; pero como este título (y lo he dicho otras

dos) podrá alarmar un tanto cuanto á los suscritores, me parece que es muy del caso decirles que en vez de darles *trancazos*, les daremos un periódico ameno, escrito en castellano y sin más pretensiones que las de entretener agradablemente al lector.

El título de TRANCAZO se le hemos puesto al considerar los muchos *trancazos* que han de recibir los humildes redactores de este humilde periódico.

Cada español que deje de suscribirse puede hacer cuenta que nos dá un *trancazo*; cada moscon que lea el periódico sin tener recibo de suscripcion nos dá un *trancazo*; cada vez que tomemos la pluma para hilvanar un artículo, es como si nos dieran un *trancazo*.

Difícilmente se hubiera podido encontrar un título más oportuno para bautizar á un periódico en las actuales circunstancias.

No parece sino que una pequeña parte de la sociedad se ha dedicado á dar *trancazos*, pero ¡qué *trancazos*!

Los tahoneros nos dan el *trancazo* subiendo el pan, y el pobre padre de familia que se encuentra sin trabajo y con muchos hijos, mejor querria que le dieran un *trancazo*, que oír decir: «hoy han subido el pan.»

¿Y la contribucion les parece á VV. mal *trancazo*?

¿Y las sociedades de crédito, se descuidan en dar *trancazos* á los sócios bobalicones que se empeñan en creer que otro ha de procurar más por su dinero?

Díganme VV. si los hombres políticos dan malos *trancazos* á los tontos que hacen caso de ellos.

Vivimos por desgracia en el país de los *trancazos*; ¡*Trancazos*! tantos y tan fuertes nos los están dando, que es casi milagroso el ver algun español que no haya sufrido media docena de *trancazos*, gracias á la civilizacion del siglo de las luces.

Hoy la razon más convincente, es un *trancazo*.

A todo el que no sea partidario de una idea, se le arrima un *trancazo*, y al quedarse medio muerto se queda convencido.

Vá V. al teatro, y para una vez que por honra y gloria del arte le den á V. una funcion regular, las más de las veces le sueltan á V. unos *trancazos* que le quitan la gana de volver al templo de Talía.

En vista, pues, de que estamos en la época de los *trancazos*, así como por desquite queremos nosotros arrimar unos cuantos.

Márkos. Todos retrocedieron, cuando Luigi se presentó, erguida la frente y con un hacha de abordaje en la mano.

—¡Tú, sí! Luigi, corre y salva el honor de Venecia. Un bote y doce marineros se lanzó al agua y en él Luigi: á todo remo llegaron al costado de *San Márkos*, cuyos marineros acobardados no ofrecian sino una débil resistencia.

—A las armas:—gritó Luigi con voz de trueno, saltando en el buque y reanimando con su voz aquellos hombres.

Todo esto habia pasado en menos tiempo del que hemos empleado para relatarlo; y las cuatro naves turcas se hallaban á tiro de cañon del *San Márkos* cuando Luigi penetró en él. Asegurado de que los cañones estaban listos, los remeros en sus sitios, la tripulacion en su puesto, arengó á sus soldados, é izando de nuevo el pabellon de la República, lo ordenó todo para el combate.

El choque fué terrible: las cuatro naves acosaban al *San Márkos*, que se defendia bizarramente; de pronto y por una atrevida maniobra, el buque viró en redondo, y haciendo un fuego mortífero por ambos costados, se abrió paso echando á pique dos buques turcos, enmedio de los *hurras* de la escuadra veneciana.

Desde aquel instante la victoria se declaró por la República, y Luigi, confirmado capitán del *San Márkos*, fué el encargado de perseguir con cinco buques más á la escuadra turca en su huida.

V.

Cosme, herido de los primeros, ignoraba cuanto habia pasado, de suerte que cuando llegó á Venecia, nada pudo decir de Luigi, mas que lo que de público se decia. Postrado en cama, dos meses luchó entre la vida y la muerte.

María entretanto dió á luz un hermoso niño, á quien se llamó en nombre de su padre *Mari-Luigi*.

¡Cuántas cosas pudiéramos decir si no fuera porque tememos que nos arrimen un *trancazo rojo*!

Si nos internáramos por el vasto campo de los absurdos y arbitrariedades; ¡cuántos *trancazos* podríamos dar!

Pero callemos, que al buen callar llaman Sancho, y no puedo decir más porque..... porque padezco de anginas, y si á VV. les parece malo este artículo, arrímenle unos cuantos *trancazos* á su autor.

La Poesía.

La inspiracion circunda su alba frente
cual fúlgida aureola coruscante;
brilla de polo á polo rutilante,
y adorna con sus galas el Oriente.
Ya premia las hazañas del valiente
que en patriótica lid miró triunfante,
ya suspira de amor, y palpitante
pulsa la lira con pasion creciente.

Cantos inspira su ideal belleza
en Itálica al Dante, en Grecia á Homero:
de los bárbaros doma la fiera;
y ora arranque una lágrima al guerrero,
ó ensalce de la virgen la pureza,
culto la rinde el universo entero.

A vista de vizco.

(Revista.)

Acaba el organillo la marcha del *Profeta*, redobla el tambor, acuden los curiosos, se estrechan los observadores y se levantan las pantallas de los lentes.

Maese Pedro empieza:

—Respetables señores, señoritas, amas de cría, don-

gas por nombre, si es niña «María,» pero si fuese un niño!...

—¿Cuál?

—El tuyo y el mio, sí; quiero que se llame.... *Mari-Luigi*. Pablo será su padrino, y á mi vuelta, nuestra boda se hará al tiempo que la de Cosme, te lo juro.

IV.

A la mañana siguiente, Luigi y Cosme, acompañados de María, Laura y el viejo Pablo, se embarcaron en uno de los buques de la escuadra que se daba á la vela: apenas á bordo, el jefe de la escuadra hizo llamar al vencedor de las regatas, le colocó en su buque y á su lado, y con este motivo Luigi se separó de Cosme, para pasar á la galera capitana.

Ocho días á bordo bastaron para que el general cobrase á Luigi un gran afecto, agregándole á su cámara y confiándole grandes secretos.

Luigi era demasiado instruido para lo que en aquella época se acostumbraba: habia sido educado en un convento, y en él habia recibido muy buenos estudios.

A los pocos días la escuadra veneciana, fuerte de treinta naves, avistó á la enemiga, que presentaba doble número.

El general dió las órdenes y cada cual se colocó en su punto de combate; Luigi permaneció á su lado. Comenzó el fuego la galera capitana, y á poco era general: la armada veneciana, inferior en número, iba perdiendo la flor de sus buques bajo el mortífero fuego de los buques turcos: la hermosa galera *San Márkos* iba á ser echada á pique, por cuatro naves contrarias, que á todo remo caminaban á rodearla, y el general queria salvarla á todo trance, pues el pabellon de la República comenzaba á ser arriado por sus tripulantes, que al ver muertos sobre la cubierta á sus oficiales no osaban resistir.

—Un hombre, pronto, un hombre que salve el *San*

Pasados los dos meses, Cosme, manco, recibió un empleo en Chipre. Por este tiempo se esparció en Venecia la noticia, de que los cinco buques venecianos que habian sido encargados de concluir con la escuadra turca, habian sido sorprendidos en alta mar por algunos buques piratas, y echados á pique despues de hacer prisioneros á los que no murieron en la sangrienta jornada, contándose entre los últimos al jefe veneciano.

La República hizo celebrar grandes funerales por el alma de aquellos valientes, y la pobre María, convencida que Luigi no existia, pues el honor de mandar aquellas galeras y su ambicion le habian perdido, se retiró á Génova al lado de su tio, empleado en el arsenal, huyendo de aquella ciudad tan querida para ella, hoy convertida en mansion de dolor.

En Génova, el tio de María se encargó de la educacion del niño, que á los seis años demostraba una imaginacion brillante y un talento superior.

Luigi entretanto, cautivo en Argel, sufría los tormentos más horribles, pensando en si seria padre; qué habria sido de María, y en el triste porvenir que le esperaba.

VI.

Han pasado diez y seis años.

Venecia, vencedora en todas partes, aclama con frenesí á su querido *Dux*, á Luis Mocénigo, al padre de la patria, al vencedor del moro; al que cautivo y sin esperanza de salvacion, puso fuego una noche á la escuadra turca, y huyó en el tumulto con sus compañeros de cautiverio.

Luigi, reconocido en su empleo de capitán del *San Márkos*, luchando con gloria en todas partes, es hoy *gran Dux* y acaba de casarse al cumplir los cincuenta años, con una princesa italiana, y este fausto suceso ha sido efectuado en medio de fiestas magnificas, regatas vistosas, certámenes de poetas y de pintores y grandes regocijos.

(Se continuará.)

cellas y demás personas: van ustedes á ver por poco dinero unos cuadros más vivos que los besugos de Noche-Buena.

Cuadro primero: Aquí verán VV. los *Campos Eliseos*, á donde dicen que van los justos á gozar en el verano y á correr patines en invierno.—Ahí á la izquierda verán VV. la ría que aún no ha podido llegar á río en una comarca bañada por el Manzanares y el arrollo de Abroñigal.—La ría está helada y en ella patinan los señoritos, y á los lados cazan las señoritas, pues para ellas nunca hay tiempo de veda.—Una jovencita, de diez y seis años, quiere patinar, va á calzarse los patines y se detiene asustada.—¡No trae pantalones!—Y aún habrá quien hable contra el pudor cuando hay pollas que temen patinar sin pantalones... y eso que la niña posee unas piernas dignas de Arderius.

Retiremos este cuadro de hielo, no sea que tomemos un pasmo que ni el de Sicilia.

Cuadro segundo. Esa es la gran *Puerta del Sol*, adonde toman el idem todos los que en Madrid no pueden tomar otra cosa.—Ahí á la derecha un señor de levita contempla una columna mingitoria, y murmura limpiándose los labios con el pañuelo: ¡Si te volvieras un salchichón!—Una polla rubia acompañada de un militar, pasa enseñando la botita imperial y algo más. El vendedor de *pasta mineral catalana para las navajas de afeitar*, prepara su mesita y empieza un discurso.—Se agrupan los desocupados, le pisan á uno un callo; responde con una bofetada.—¡Bárbaro! grita una vieja que la recibe.—¡Respeto á la antigüedad! exclama un sócio de la Academia de la Historia.—¡Afuera la vieja! ahulla un admirador del nuevo arte bufo.—¡Guau! ¡guau! un perro.—¡Mi reló! solloza un señor de provincia.—¡A ese! gritan varios.—¡Alto! manda un veterano con gravedad, y el industrial de la mesita prosigue impávido: ¡Señores! *pasta mineral catalana para las navajas de afeitar*.—A otra, caballeros que no se puede dar más en un cuadro.

Cuadro tercero: A la tercera va la vencida; y por eso este tercer cuadro tiene más bemoles que una ópera en cinco actos. En él verán VV. unos establecimientos que se dicen templos del arte llamado *bello*, que sólo al del tóreo le cabe la aristocrática honra de ser noble. La señora de Talía es la que reina en esos templos, en que á guisa de estado constitucional, gobiernan otros señores tan letrados como Estrada, y que en cuestión de letras sólo entienden algo de las de cambio.—Eso sí, el que menos de ellos, haría un gran almacenista del fruto de Fuente-Sauco.

VV. que no son tontos, conocerán lo pistonudo de la empresa que ha abordado el pintor de estos bocetos que enseño.—Saludemos, pues, á las señoras musas y dejemos su clásico recuerdo para ocuparnos de bailarinas, suripantas y otras hijas y sobrinas del arte; que así ejecutan el concertante cavernoso de un coro de más efecto que una carambola de retroceso, como el *coup de jambe* de un *cancán parisien*.

El teatro de los *Bufos Madrileños* se presenta á la contemplación de VV., que en este mundo los colores chillones y las cosas chocantes es lo que primero salta á la vista.—Allí verán VV. á D. Francisco Arderius, presunto papá de los *Bufos*, que se ha propuesto aplicar la *música* y la *poesía* á los cuadros vivos, alargando su mano protectora á los que escriban unas seguidillas con pié forzado de botitas imperiales, ó un ária coreada con *motivos* de pantorrillas femeniles.—En este bazar zarzulesco los pollos sueñan en Don Juan Tenorio, los viejos hacen el Juan Lanas, los poetas se suicidan, los músicos se vuelven murguistas, y el resto del público se hace *bufo* celebrando este gran género de *novedad*.—En este teatro verán VV. los *Infiernos de Madrid*, y pasarán el rato como debe pasarse en los tiempos de Pascua.—Entre encerrarse en casa y oír los cantares de los chiquillos á son de bombo y almireréz ó volverse epiléptico con el cencerreo de los que acuden en busca de los *Reyes*, debe preferirse, según mi opinión, el teatro del Circo.

Teatros de la Zarzuela y Novedades. Ahí tienen ustedes al señor Gaztambide, arruinándose en pagar comedias nuevas, y jugando á *cara y cruz* con la zarzuela y el verso. Una obra perteneciente al primero de estos géneros se ha trasplantado de otros climas para aclimatarla durante estas fiestas en el teatro de la Zarzuela.—Los *Caballeros de la tortuga*, es la última obra que el Sr. Blasco da á luz para el teatro.—Formada con el gusto de su género especial, es casi inaccesible á la crítica.—No hay que decir del autor que haciendo un *tour de force* llega á manejar el absurdo como una idea trivial, siempre que este juego sea para él una distracción y no una aplicación absoluta de sus facultades.—Si acontece esto último... tampoco debe decirse nada.—Se concibe al poeta *bufo*, como se concibe al poeta que á los quince años escribe una *desesperación* porque su novia está con viruelas.—Estas son *calaveradas* que el escritor debe cometer pocas veces en su vida.

—Vámonos á *Novedades*, señores, que aquí acabo de espetar á VV. más de un gazapo escolástico, restos de la antigua educación que me dió un *dómine*.—En *Novedades* vamos á divertirnos, aunque tendremos que ver más de un cuadro espeluznante y conocer á un reo en capilla y otros escesos, para lo que no vendrían VV. preparados en unas Pascuas, tiempo alegre de suyo, al decir de las gentes.—La *Virgen de la Paloma* es el título de una cosa de mucho bulto y ruido, que se ha presentado patrocinada por dos señores que eran muy conocidos antes del estreno de la obra, gracias al clarinete de la publicidad, y que después nadie conoce por haberse retraído los antiguos nombres para *resellarse* bajo el disfraz de dos que se dijeron al público: ¡Pura modestia!

En el teatro del *Príncipe*, volviendo unas veces al antiguo repertorio, otras presentando obras con poca suerte y ménos vida, se aplaude á los reputados actores que forman el cuadro de este teatro. Se han estrenado últimamente en él, una obra del Sr. Hurtado y otra de un autor desconocido.

Nada más hay de teatros.—El cuadro del teatro *Real* se borró para esperar á la Patti, y el pintor aguarda *sentado* la llegada de esta artista cantando el *Mambrú*.

—Vamos, señores; paguen los del corro y hasta la primera, que enseñaré otros cuadros al agua-rás dignos de un museo especial.—Antes de marcharse, oigan VV. un cuentecito mientras el chico recoge los bártulos:

Llegó un inglés á Madrid, y acompañado de un intérprete español, que apenas hablaba el inglés, asistió á los teatros de la Zarzuela y los *Bufos*.

—¿Ha entendido V. el argumento de las zarzuelas? le preguntaba el intérprete.

—¡Oh! quite well, responde el gentleman, como quien dice: hasta la pared de enfrente.

—¿Cómo es posible sabiendo apenas el español!

—¡Ah! señor, los asuntos de piernas, entenderse en todas lenguas.

Cuadros al pastel.

Los Murguistas.

Madrileños del Norte y del Sur; leales habitantes de Pozas y Argüelles; pacíficos moradores de Recoletos, las Peñuelas, las Delicias y colonias adyacentes; ¿quién de vosotros no ha conocido, no ha visto u observado, esa *agrupación* (grave es la palabreja) de *hombres-obleas*, que se denomina con el nombre de *Murguistas*.

¿Cómo es posible que hayais dejado de verlos, no una, sino varias veces?

Como no dudo que todos vosotros habeis sentido alguna vez sus *sonoros* efectos, á vosotros dedico estos humildes cuadros.

El *Murguista* es una especie de golondrino que crece, se revienta y se multiplica.

Despedid una *murga* sin darle algo (aunque sea un palo), que tras de aquella vereis presentarse otra por si la suerte le es más propicia, y tras de aquella otra, por si pega, y luego otra y luego otra.

Por el contrario, recibidla con agrado, dadle la bienvenida, aunque su estruendo horrible cause la muerte á la vecina del entresuelo, que padece de histerico; ó al vecino del segundo, que tiene asma; ó al propietario que habita por *compromiso* en el piso cuarto, y á quien la gota, esa enfermedad de los ricos, tiene postrado; aunque las vecinas de los cuartos inferiores se asomen creyendo que se ha armado la *gorra*, ó rabie el perro del portero, ó se desmaye en la escalera el *pollo* de la costurera que habita la boardi-

lla; recibidla con agrado, repito, y tras de aquella vendrá otra, y luego otra, y luego otra.

La *murga* es el grano en la nariz, que hay que verlo por fuerza.

Ella os dá la enhorabuena el día de vuestro *enlace*, mejor dicho, el día de vuestro suicidio (dicho sea sin intención subversiva), y á su *son* vereis danzar las muchachas sobre vuestra losa funeraria, mientras grita: «Que VV. se disfruten muchos años.»

Ella se presentará el día del aniversario, cuando dado á todos los demonios, y después de arrojaros los bártulos á la cabeza con vuestra querida *cónyuge*, salgais desesperado; ella impávida os esperará en la escalera y exclamará:—«Que sea enhorabuena.»

Ella se presentará el día del nacimiento de vuestro primer hijo, que sabe mejor que vos mismo, y cuando volvais de buscar al comadron, muerto de frío y de cansancio; cuando volvais de la iglesia desesperado, porque de los quince nombres que queriais ponerle al muchacho, se le han olvidado al cara siete, y le hayan echado agua helada al angelito, en lugar del agua caliente; cuando los chiquillos os hayan saqueado y escamado los vecinos, que todos sin faltar uno han ido á vuestra casa por la jicara de *soconusco*, y estais desesperado y sin un cuarto, la vereis á vuestro lado como una vision fatídica, como la estatua del Comendador, y la oireis exclamar:—«Que sea para bien.»

Se os muere el recién-nacido, y creyendo que como asistió al bautizo, tiene el deber de asistir al entierro, y temiendo disgustaros si así no lo hiciera, la hallareis á vuestra puerta y la escuchareis exclamar:

—«Salud para enterrarlo.»

Se os muere la suegra, que en vida os hizo pasar el infierno, que os ha armado once *belenes* semanales; que os ha hecho aborrecer el lecho conyugal; que os ha arruinado, á fuerza de pensar tan sólo en los peinados de moda y las *sotanas*; que os hace empeñar lo poco que os resta—pues la niña quiere que su mamá vaya como es debido,—y cuando volveis de empeñar el reló y la capa, últimos restos de la antigua opulencia, la encontráis impertérrita con el serpiente al brazo á guisa de fusil y las lágrimas en los ojos, diciendo:

—¡Que lástima, D. Diego!

—No,—exclamais en un arranque de ira,—no, bien muerta está.

Lo oye la niña que os esperaba en la escalera, y al entrar en casa la hallais con un ataque de nervios y un soponcio, que ni el de *Bambalina* en los *Caballeros de la Tortuga*: á fuerza de vinagre, de apretarle el dedo del corazón y de mucho aire, vuelve en sí; os llama *tirano*, infame;

—Así pagas el cariño que siempre te tuvo mamá...

—¡Pero mujer!...

—Vete ó me vuelve á dar el accidente.

El pobre marido sale desesperado, en mangas de camisa, con el sombrero puesto y el paraguas en la mano; en el primer tramo encuentra de nuevo al *murguista* que exclama:

—«Salud para encomendarla á Dios.»

Levantais el paraguas, os acordais del Saladero y bajais de cuatro en cuatro los escalones.

La *murga* es en Madrid al ciudadano, lo que el aire al hombre, lo que la sombra al cuerpo.

En todas partes se halla: en bodas, en entierros, en bautizos, en paseos, en teatros: lo mismo el día de Noche-Buena que el de Jueves Santo; con el frío de diciembre ó el sol de junio.

La *murga* tiene, como todo en el mundo, su parte alegre y su parte triste, de ambas nos ocuparemos sin tratar de ofenderla en lo más mínimo.

CUADRO PRIMERO.

La escena es en la plazuela del Rastro. Un hombre aterido de frío, envuelto en un raglan color de aceituna, sombrero de copa de castor, bastante abollado: pantalón de dril sumamente corto; una media negra y otra blanca; zapato bajo; con un clarinete debajo del brazo, espera con impaciencia la hora de la reunión.

A poco aparecen por la calle de la Ruda dos sujetos, imagen perfecta de la *l* y la *i*.

El uno es un hombre de seis piés de estatura; con sombrero hongo; frac azul bastante usado; encima una americana color de mahon, por la cual deja ver

los faldones del frac; pantalon del color de la americana y zapatos de paño.

El otro es bajo, delgado: con un leviton verde, cubierto de raidas pieles: pantalon blanco; una bota y un zapato; y una boina blanca con borla azul.

El primero trae un cornetín y el segundo un enorme redoblante.

Después de los saludos de ordenanza, echan de menos al Director de la orquesta, y reniegan como unos carreteros, no tan sólo por la falta que hace, cuanto porque es el encargado de la lista de las casas.

Al cabo de media hora se presenta el deseado Director. Es un hombre sumamente alto y delgado: viste una levita negra muy abrochada: el cuello subido, sobre el que deja caer su larga melena: sombrero de copa: pantalon de polichinela; una pernera á cuadros blancos y negros, y la otra negra; babuchas, y un enorme serpentón bajo el brazo.

Llega por fin y jadeante exclama:

—¿Estamos todos?

—To-todos-es-es-tamos,—grita el del redoblante,—y es-es-esto es mu-mucho-a-a-aguar-dar.

—¿Tienes frío?

—¿Frío en Diciembre?—exclama el del hongo.

—¿Queréis que echemos unas medias copas?

—O-o-ojalá!

—Yo no tengo un cuarto.

—Ni yo-tam-tam-poco.

—Tampoco yo; pero no tengais cuidado, seguidme: y los cuatro se ponen en marcha.

Penetran en la taberna de la tía Pirula.

—Señá Pirula, cuatro medias copas.

—Al momento, Don Canuto: y los cuatro apuran de un sorbo las copas.

—Moya—dice el Director dirigiéndose al tartamudo,—toma un bollo pa tu chico: Ande usted señá Pirula.

Y al paso, los murguistas se comen una docena de bollos.

—Ven-venga.

—¿Qué se debe?

—Doce bollos y ocho medias copas son.....

—Lo sé: son..... ocho medias copas y doce bollos.

—Jus-jus-justo.

—Doce bollos y ocho medias copas,—dice el director, rascándose la oreja.—y la serenata que la dimos á usted ayer por la muerte de su suegro..... estamos en paz: Anda, Moya.

—Oiga usted.... la serenata *ustés* me la dieron porque quisieron.....—oiga usted!.....

—No señora; no queremos más *señá Pirula*; estamos en paz, yo soy así:—Arza, Moya.

—Mu-mu-muchas gracias,—dice el tartamudo saliendo.

—Mal provecho os hagan, exclama la tía Pirula.

Se continuará.

Letrilla.

¡Válgame el santo mayor
que existe en los altos cielos!.....

¡Otra enfermedad, señor,
para aumentar los desvelos
en el valle del dolor!

La cosa no tiene escape,
—pues es menudo el bromazo;
¡que no ha de haber quien no atrape
el *trancazo*!

Hasta aquí hubo *laringitis*,
y tífus y sarampion,
viruelas, *gastro-enteritis*,
tísis, asma, indigestion,
cólera y sin *dineritis*.
Mas hoy ¡pobre humanidad!
de decirlo me embarazo,
existe otra enfermedad:
el *trancazo*.

¡Y se la llama *de moda*!
pues no entro en la moda yo,
que la moda que *incomoda*,
aun siendo muy *com'il faut*,
á mi génio no acomoda.
Por lo que sigo en mis trece
que por fuerza es gran pelmazo
todo el hombre que apetece
el *trancazo*.

Pero ya que es necesario
que el *trancazo* se halle en casa,
sacareis de vuestro erario
una cantidad escasa
y—á suscribirse ¡canario!
—¡Ciudadanos! sin demora
os librareis del bromazo
si os abonais desde ahora
al periódico *EL TRANCAZO*.

TRANCAZOS.

El *Estudiante de Salamanca* ha trasladado su matrícula á Valladolid. Si allí tiene buen éxito, pedimos á los Vallisoletanos un aplauso para la obra, y una silba para el público madrileño.

—¿Y para la empresa de Jovellanos?

—Una zarzuela del Sr. Alvarez.

En un palco de *Novedades*.

Una mamá á su hija:

—Conchita, pon el rostro cándido que te mira el comandante de la otra noche.

A la puerta de la Bolsa:

(Un asistente requiebrando á una moza de rumbo.)—

¡Alza, salero!

(Un bolsista asustado encarándose con el militar.)—

—¡Calle usted, infeliz, que juego á la baja!

—Anoche asistí á *Los infiernos de Madrid*.

—¿En dónde estuviste?

—En el Paraíso.

—¿Verías á las huríes?

—Al contrario, ví á las *suripantas*.

—Amo á usted, Carlota.

—¿Por supuesto, con buen *pin*?

—Mi amor nunca tendrá fin.

—¿Quieres *turron*? preguntó
cierto cesante á Isabel;
—Sí le quiero—ella responde;
y él repuso—¡yo también!

(Un dominó aislado á un aburrido): Pollo ¿no vas á cenar?

—Como á la francesa, responde él volviendo la espalda.

Que eras un ángel creí,
un serafín..... ¡desventura!
y ayer te ví caballero
de la órden de la Tortuga.

En una tertulia de confianza se están sacando los estrechos.

Un pollo lee en voz alta:

—Teresa Fernandez, con Ventura Romo.—(Ventura es un desventurado sin un real.)

—Eso es trampa, grita Teresa; yo debia caer con don Roque.

—(Don Roque, comiéndose la partida.)—Es lo mismo, Teresita; mañana enviaré á V. una caja de dulces.

Que eres *devota*, lo sé;
que eres *cándida*, lo veo;
pero que seas *constante*
francamente, no lo creo.

—¿Qué buen torero haria Arderius!

—¿Lo dice usted porque *capea* al público?

—Hombre no; porque *gallea* mejor que Curro.

Desde hoy, bailarina hermosa,
se concluye nuestro amor,
que ayer te ví en la Zarzuela
en la guardia de Zenon.

—Chico, ayer me enamoré de una corista..... y creo que ella me ama.

—¡Infeliz! ya se conoce que acabas de cobrar.

Nuevo sistema para uso de las mamás.

—¡Señora! Candidito no quiere dormirse.

—Dile que si no se duerme en seguida, le voy á llevar al teatro de *Novedades*.

Es probado.

A uno de salud delicada le decian:

—Usted debia casarse.

—¿Hombre, respondia él, tan desahuciado estoy que sólo sirvo para marido?

Zarzuela bufa, bengalas,
partitura de Rogel
y exposicion de cien piernas,
suma total: un cien piés.

—¿Por qué Arderius gasta unas piernas tan delgadas?

—Para que á su lado parezcan esbeltas las de las *suripantas*..... ¡Cuestion de reclamo!

La primer vez que te ví
me parecistes un ángel,
la segunda una muger
y la tercera albayalde.

—¿Ha visto usted *El Conde de Santa Elena*?

—Sí señor.

—¿Cuál prefiere usted: éste ó *La Virgen de la Paloma*?

—Un discurso del señor Cañete. Al menos se puede dormir.

El Conde de Santa Elena,
memo-drama-irracional,
se ha estrenado en *Novedades*.....
—Pues no me diga usted más.

Un estudiante llama á un cochero en la calle de Toledo, y le pregunta:

—¿Cuánto quieres por una *carrera* hasta Chamberí?

—Cuatro reales, señorito.

—Pues toma dos y llévame al paso.

Glosa.

Un corista buen mozo y muy tronado
pretendió de los *Bufos* una plaza,
y en los *Bufos*, al ver su buena traza,
por unanimidad fué desechado.

Así esclama con tono lacrimoso:

¡Ay, infeliz de aquel que nace hermoso!

Charada.

Tu cara ví que es primera
tomando *segunda* puro,
y como tu madre quiera,
de ser *todo* pronto abjuro.

El Sr. García Tejero ha empezado á publicar una novela satírica titulada: *El Diablo Cazador*. No porque sea amigo nuestro hemos de negarle nuestro insignificante voto, deseándole todo el éxito que su obra merece.

EDITOR RESPONSABLE, José de Rozas.

MADRID.—1868.

IMPRENTA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA,
Calle de Jesús, número 3.